

## DIALOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE.

### ARGUMENTO.

Yéndose á pasear *Antonio* á una parte del campo, donde otras muchas veces solia venir, le sigue *Aurelio*, su amigo; y preguntándole la causa por que acostumbraba venirse allí, comienzan á hablar de la *soledad*. Y tratando por qué es tan amada de todos, y más de los más sabios, entre otras razones, *Aurelio* dice que por el aborrecimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos, por las miserias y trabajos que padecen, aman la *soledad*. Pareciendo mal esta razon á *Antonio*, por no haber criatura más excelente que el hombre, ni que más contentamiento deba tener por haber nacido, dice que le probará lo contrario; y así determinados de disputar de los males y bienes del hombre, para más á placer hacerlo, se van hácia una fuente. Junto á ella hallan un viejo muy sabio, llamado *Dinarco*, con otros estudiosos, y entendiendo la contienda, y constituido por juez della, manda á *Aurelio* que hable primero, y luego *Antonio* diga su parecer. Habiéndoles oido *Dinarco*, juzga en breve de la dignidad del hombre, lo que con verdad y cristianamente debia, habiendo sustentado *Aurelio* lo que los gentiles comunmente del hombre sentian.

### INTERLOCUTORES.

AURELIO, ANTONIO, DINARCO.

*Aurelio*. Viéndote salir, Antonio, hoy de la ciudad, te he seguido hasta ver este lugar, do sueles tantas veces venir á pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

*Antonio*. Este lugar, Aurelio, nunca fué tal ni de tanto precio, como es agora, que eres tú venido á él.

*Aur*. Nadie puede darle mejoría, siendo de tí anticipado.

*Ant*. No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisonjearme; sino quiero mostrarte lo que eres venido á ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y esas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves, que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleitan, y entenderás por qué suelo venir á este lugar tantas veces.

*Aur*. Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto; pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú ó gozas en este lugar, porque, segun tú eres sabio y de más altos pensamientos, bien sé que esas cosas sensuales, ni las amas, ni las procuras. Por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

*Ant*. Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

*Aur*. Agora veo, Antonio, que tienes gana de burlarme. Dime, yo te ruego: ¿qué tienen que hacer los amores con tu gravedad, ó las vanidades con tu sabiduría?

V.F.

*Ant*. Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo que en aqueste valle mora una, sin la cual yo por la vida me daria poco.

*Aur*. Grande debe ser su bondad y hermosura, pues á tí, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con cudicia de verla ó alcanzarla. Dime al ménos su nombre, si por celo no me la quieres mostrar.

*Ant*. Soledad se llama.

*Aur*. Yo bien sabia, Antonio, que algun misterio tenian tus amores; ésa tiene otros muchos amadores, como sabes; y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, á tu parecer, por que los hombres aman la soledad, y tanto más, cuanto son más sabios.

*Ant*. Porque quando á ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en vanas voluntades ó perdimos el tino de la razon, ella nos sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría, para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, pueda tornar entero á la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está solo á contemplar qué hará acompañado. Porque, como los artifices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios, ántes que obren, han de pensar primero qué hechos han de hacer y cuál razon han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que debemos ir á buscarla do quiera que la podamos hallar.

*Aur*. Bien veo, Antonio, que hay esos provechos que dices de la soledad; pero yo tengo creído que otra causa mayor hay.

*Ant.* ¿Qué causa puede haber mayor?

*Aur.* El aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano, por el cual somos inclinados á apartarnos unos de otros.

*Ant.* ¿Tan aborrecibles te parecen los hombres, que áun ellos mismos, por huir de sí, busquen la soledad?

*Aur.* Paréceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre, querría, ó no haber sido, ó no tener sentimiento de ello.

*Ant.* Maravíllome, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbramos á leer, y los sabios hombres que conversas, no te hayan quitado de ese error.

*Aur.* Mas ántes éstos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo á ellos como á principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre á algun estado donde no le fuera mejor no ser nacido.

*Ant.* Grande me parece este tu error, y no digno de tal persona como tú; si te place, disputarlo hemos aquí cabe una fuente sentados; que yo confío de hacerle mudar este parecer.

*Aur.* Tú me guía, que yo te seguiré; mas no con esperanza de lo que prometes, porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres, que pienso que en lugar de quitarme mi propósito, me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, terné confianza que nadie se me podrá defender.

*Ant.* No han de menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre; ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento; allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles; temo que nos estorben.

*Aur.* Dinarco es el que está sentado cabe la fuente; y los otros que con él están, son los hombres buenos, amadores de saber, que lo siguen siempre.

*Ant.* Pues éstos no serán estorbo; ántes he gran placer que estén aquí, porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos, así en virtud, como en letras.

*Aur.* Y los otros serán nuestros oyentes; lleguemos á él, que visto nos ha.

*Ant.* Muchas veces, Dinarco, me he holgado de venir á esta fuente, mas no tanto como agora, que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así, no habria para mí lugar más deleitable.

*Dinarco.* Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor.

*Ant.* No está bien acompañada sino una fuente con otra. Esta es fuente de agua clara, y tú eres fuente de clara sabiduría; así que sois dos fuentes bien ayudadas para entera recreacion del ánima y del cuerpo.

*Din.* Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

*Aur.* Yo no dejo de ayudar á Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales á tu merecimiento.

*Din.* Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora decid: ¿qué ocasion os ha traído por acá?

*Ant.* Gana de hablar en una disputa que habiamos comenzado.

*Din.* ¿Qué disputa es?

*Ant.* Sobre el hombre es nuestra contienda; que Aurelio dice ser cosa vana y miserable, y yo soy venido á defenderlo, y queremos te rogar tú seas nuestro juez, á quien todos con mucha razon acatan por sabio principal.

*Din.* Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me teneis, por cumplir vuestra voluntad como deseo; pero, de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgarémos de oír tan buena disputa. Y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hobiéredes menester, de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

*Ant.* Pues tú nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

*Din.* Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y despues te responderá Antonio; y así guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decia, y despues el defensor.

*Aur.* Pues vosotros os sentad en esos céspedes; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

*Din.* Sentáos todos, de manera que podais tener reposo.

*Aur.* Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien consideráre los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseariamos la muerte que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues por vuestra voluntad, que grande mostrais, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido á haceros esta habla; si por ventura mis palabras fueren causa que recibais dolor cual ántes no habiades sentido, vosotros teneis la culpa, que mandais aquesto á quien no puede dejar de obedeceros. Oid, pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandais, no segun que pertenece para ser bien declarado (porque á esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello segun la experiencia que podemos alcanzar en los pocos días que vivimos, de tal manera, que el tiempo baste, y la paciencia que para oír teneis aparejada.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, verémos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas ántes todo lo que en el cielo hay persevera en un sér constante y

libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos, que reciben pura la lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas, comprendida en tan pequeño espacio, que sólo un punto parece, comparada á todo el mundo, y áun en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes sobre que se rodea el cielo, nos las defiende el frio, en muchas partes los ardores, las aguas en muchas más, y la esterilidad tambien hace grandes soledades, y en otros lugares la destemplanza de los aires. Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraidos en muy chico espacio, en la más vil parte de él, donde nacemos desproveidos de todos los dones que á los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, á otros de pluma, á otros de escama, y otros nacen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frio y el calor es la carne. Así sale al mundo como á lugar extraño, llorando y gimiendo, como quien da señal de las miserias que viene á padecer. Los otros animales, poco despues de salidos del vientre de su madre, luégo, como venidos á lugar propio y natural, andan los campos, pacen las yerbas, y segun su manera gozan del mundo; mas el hombre muchos días despues que nace, ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe dó buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire. Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crian, le da lugar en la vida. Y áun entónces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos que la naturaleza hizo mansos, viven de yerbas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales. Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales. Muchos tienen mayor cuerpo donde reine su ánima, los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones, y vida las cornejas. Por los cuales ejemplos y otros semejantes bien parece que debe ser el hombre animal más indigno que los otros, segun la naturaleza lo tiene aborrecido y desamparado; y pues ella es la guarda del mundo, que procura el bien universal, creible cosa es que no dejara al hombre á tantos peligros tan desproveido, si él algo valiera para el bien del mundo. Las cosas que son de valor, éstas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas. Mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos, mirad dónde puso el fuego, por ser el más noble de los elementos. Pues á los otros animales, si no los apartó á mejores lugares, armóles á lo ménos contra los peligros de este suelo: á las aves dió alas con que se apartasen de ellos, á las bestias les dió armas para su defensa, á unas de cuernos, y á otras de uñas, y á otras de dientes, y á los peces dió gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños; perezosos en huir, y desarmados para esperar. Y áun, sobre todo esto, la naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales, que

al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean, cólera con flema, y sangre con melancolía, de los cuales, si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templanza humana, y da la puerta á mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son, que entre sí pelean por nuestra destruicion. Agora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como hay en nuestro cuerpo, por do anda la sangre y los espíritus de vida, que siendo alguna de ellas rota ó estorbada, se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los nervios, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos más partes do poder ser ofendidos? Y áun en esta miserable condicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza, pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y hierro, porque nos lo dé; vestímonos por fuerza que á los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales, do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo la naturaleza. Aves, peces y bestias de la tierra, frutas y yerbas, y todas las otras cosas, perecen para mantener nuestra miserable vida: tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener. Harto serian grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo, para conocer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, á las cuales él despues querrá oponer los bienes que suelen decir del alma. Agora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede do yo no te haya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo hay. Ya tú bien sabes cómo el alma nuestra su principal asiento tiene en el cerebro, blando y fácil de corromper, y como en unas celdillas de él, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos, por do se le traslucen las cosas de fuera. Y sabes tambien cuán fácil cosa sea embotarle ó desconcertarle estos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede. Los sentidos de mil maneras perecen; y siendo éstos salvos, otras causas tenemos dentro, que nos ciegan y nos privan de razon. Si el estómago abunda de vapores, luégo ellos redundan á las partes del cerebro, y enturbian los lugares que ha de menester el alma tener puros. Si se inflaman las entrañas con el ardor, se engendra frenesí, y si el corazon es por defuera tocado de sangre, suceden desfallecimiento y tinieblas oscuras, do el alma se olvida de todas las cosas. Pero que es menester probarlo con estas cosas que están más apartadas, pues la mesma ánima con sus obras más excelentes se destruye. Bien sabemos, que en altas imaginaciones metidos, muchos han perdido el seso; y

que de esta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdición. Mas pongamos ahora que todas estas cosas no le empezcan, y que persevere tan perfecta y tan entera como puede, segun naturaleza, y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma, que da lumbre á todas sus obras. Este, si bien mirais, aunque es alabado, y suele por él ser ensalzado el hombre, más nos fué dado para ver nuestras miserias que para ayudarnos contra ellas. Este nos pone delante los trabajos por do habemos pasado, éste nos muestra los males presentes, y nos amenaza con los venideros ántes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de aquesta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella principalmente, pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas. Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida, que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nace con nosotros torpe y oscuro; y ántes que convalezca, son pasadas las mayores necesidades de la vida, por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razon templados. Entónces ya puede algo el entendimiento, cuando el hombre es viejo y vecino de la sepultura, que la vida lo ha ménos menester. Y áun entónces padece mil defectos en los engaños que le hacen los sentidos, y tambien porque él de suyo no es muy cierto en el razonar y en el entender; unas veces siente uno, y otras veces él mismo siente lo contrario; siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa. De do nace, como manifesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque, teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento, que si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, miéntras la procura se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir. Mejor están los brutos animales proveidos de saber, pues saben desde que nacen lo que han de menester sin error alguno; unos andan, otros vuelan, otros nadan, guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, preven el tiempo; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas, y los peces nadan á diversas partes, todos guiados por el instinto que les dió naturaleza. Solo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan errado y tan incierto como ya habemos mostrado. Aunque yo no sé por qué me quejo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquel á quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo de él cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fué el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Este es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros, éste halló los engaños, éste halló los vene-

nos y todos los otros males, por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre. Otras cosas yo diria de aquesta parte del alma, si no me pareciese que esto basta para su condenacion; y pues ella es la guía á quien las otras siguen, no sería menester de la voluntad decir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro; mas por mayor declaracion de la intencion que tengo, diré tambien las cosas que de ella siento. Está la voluntad, como bien sabeis, entre dos contrarios enemigos, que siempre pelean por ganarla; éstos son la razon y el apetito natural. La razon de una parte llama la voluntad á que siga la virtud, y le muestra á tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles; y de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Agora, pues, ved cuál es más fácil cosa, apartarse ella de su natural á mantener perpétua guerra en obediencia de cosa tan áspera como es la razon y sus mandamientos, ó seguir lo que la naturaleza nos aconseja, yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar. Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razon muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razon con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino tambien los otros de la vida, por donde repartiéndose, segun las várias necesidades que ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie le enseñe cómo se ha de defender. Donde es necesario que alguna vez, ó por flaqueza, ó por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene á este estado, ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entónces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento, y ella arde en sucios encendimientos de lujuria. Y si por ventura la templanza natural nos resfria, como pocas veces acontece, otros vicios hay do se va la voluntad cuando de la razon se aparta; éstos son soberbia, cudicia, invidia, enemistad y otros que hay semejantes, de do nacen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo. Agora, pues, vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalzar el ánima del hombre, dígannos agora dó pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males. Todo es vanidad y trabajo lo que á los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos do viven en comunidad. Allí veremos unos de ellos en sus artes, que dicen mecánicas, estar peleando con la dureza del hierro; otros figuran piedras, otros suben pesos, otros pulen la madera, otros la lana, y otros en otros ejercicios sudan y trabajan, encorvados sobre sus obras, do en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento. Y verás allí otros los días y las noches del reposo ocupados en las disciplinas con cuidado perpétuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis á los que siguen disciplinas, acabado el trabajo, tornar de nuevo á él. Los cuales me parece que así ha-

cen, como de Sisifo dijeron los poetas, que cuantas veces sube una piedra á la cumbre de un monte infernal, tantas veces se le cae y torna al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, éstos, que son en la república más estimados por las disciplinas, ¿qué descanso pensais que tienen, peleando continuamente con el peso de ellas, que tantas veces se les cae de la memoria, cuantas lo levantan con el entendimiento? Todos trabajan y sudan los que viven en los pueblos, y los labradores de los campos, que andan fuera de ellos, no carecen de penas; descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades á procurar el mantenimiento de los otros que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin ó reposo alguno; mas ántes tornan de nuevo al trabajo por el órden mismo que tornan los años. Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfias, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Cuanto más, que pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, á gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es de ellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si mirais la gente de guerra, que guarda la república, verlos heis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar, y temores de ser muertos; andando en continua mudanza, do los llama la fortuna con iguales trabajos en la noche y en el día. Así que, todos estos y los demas estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, do ningun descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos, porque la fortuna todos los confunde y los revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas; en las cuales cosas mostrando cuán fácil es y cuán incierta, á todos mete en deseos de valer, tan desordenados, que no hay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborrece su estado, con cudicia de los otros; do si llega, no halla aquel reposo que pensaba. Porque todos los bienes de fortuna, al desear, parecen hermosos, y al gozar, llenos de pena. Así andan los hombres atónitos errados, buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo; y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva á la muerte con pasos acelerados sin sentirlo, la cual nos espera encubierta, no sabemos á cuál parte de la vida; mas bien vemos que jamas estamos tan seguros de ella, que no podamos tenerla muy cierta. A veces se nos esconde do ménos sospecha hay, y otras veces la hallamos do vamos huyendo de ella. Unas veces lleva al hombre en la primera edad, y entónces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras veces, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado á la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte deje al hombre hacer el curso natural, la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa? La niñez en breves días se nos va sin sentido; la mocedad se pasa miéntras nos instruimos y componemos para vivir en el mundo; pues la juventud pocos días dura, y éstos en pelea, que con

la sensualidad entónces tenemos, ó en darnos por vencidos della, que es peor. Luégo viene la vejez, do en el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la muerte. Entónces el calor se resfria, las fuerzas lo desamparan, los dientes se le caen, como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin llega volando con alas á quitarle de sus dulces miserias. Y áun allí en la despedida lo afligen nuevos males y tormentos. Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros, con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba; acordándose del eterno apartamiento que dellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja, retraida á despedirse del seso y el corazon y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entónces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciéndose el cuerpo, y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonias en que dentro anda, entre el amor de la vida y temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la desase de las entrañas. Así fenece el miserable hombre, conforme á la vida que ántes pasó. Aquí pudiera, Dinarco, poner fin á esta mi habla, pues he traído el hombre hasta el punto donde desvanece, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que da eternidad á las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes, que es, segun dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido. ¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿dónde está el sentido? ¿dónde el pecho para recibir la gloria? ¿dó los ojos? ¿dó el oír, con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren. Allí yacen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que ande el nombre volando con los aires de la fama, la cual es tan incierta, que á la fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los defuntos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidos, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos, que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmutables, sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con la mudanza de los tiempos á la fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos y otros muchos que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿quién conoce agora los reyes, los grandes hombres que á ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate

y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo, consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo, los fuertes muros de Troya, el templo noble de Diana, el sepulcro de Mauseolo? Tantos grandes edificios de romanos, de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo hasta que tornan los hombres á estar en tanto olvido como ántes que naciesen; y la misma vanidad se sigue despues que primero habia. Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido decir del hombre; agora yo lo dejo á él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podrás resucitarlo. Dale vida si pudieres, y consuelo contra tantos males como has oido; que si tú así lo hicieres, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituido en más excelente estado que pensaba.

*Ant.* Considerando, señores, la composicion del hombre, de quien hoy he de decir, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo, no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el órden que tiene el universo; mas veo tambien, como en espejo claro, el mismo sér de Dios, y los altos secretos de su Trinidad. Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplacion, dijo Trimegisto que gran milagro era el hombre, de cosas grandes se veian; y Aristóteles creyó que era el hombre el fin á quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente, y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas á que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecían inútiles y vanas. Solo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecia desierta de bien, y afligida de muchos males; alegando tales razones, que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado. Por lo cual le parecia que este mundo universal se regía por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese á disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite á la virtud. Yo no quisiera que aprobára al hombre quien á la virtud condena; basta que lo aprueben aquellos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más excelente. Dios fué el artífice del hombre; y por eso, si en la fábrica de nuestro sér hubiese alguna falta, en él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo á su imagen, para representarlo á él. Si en la figura pintada, de algun hombre se nos muestra, hubiese alguna fealdad, ésta atribuiríamos á cuya es la imagen, si creemos que fué hecha con verdadera semejanza; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas hubiese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa hay que tan bien represente á otra, como á Dios representa el hombre. En el ánimo lo representa más verdaderamente, la cual es incorruptible y simplicísima, sin composicion alguna, toda en un sér, como es Dios, y en este sér tres poderios tiene, con que representa la divina Trinidad. El

Padre, soberano principio universal, de donde todo procede, en contemplacion de su divinidad, engendra al Hijo, que es su perfecta imagen, la cual él amando, y siendo de ella amado, procede el Espíritu Santo, como vínculo de amor. Así con gran semejanza el ánimo nuestra contemplando engendra su verdadera imagen, y conociéndose por ella, produce amor. De esta manera, con su memoria, con que hace la imagen, y con el entendimiento, que es el que usa de ella, y con la voluntad, á donde mana el amor, representa á Dios, no sólo en esencia, sino tambien en trinidad. Por lo cual en la creacion del mundo, habiendo hecho la sagrada Escritura mencion de Dios con nombre de uno, cuando hubo de criarse el hombre, refiere que dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza»; así que, se declaró ser muchas personas en aquel paso, do hacia la imagen de ellas. Y no sin causa dobló la palabra cuando dijo *imagen y semejanza*, porque la imagen es de la esencia, y la semejanza es del poder y del oficio. Que así como Dios tiene en su poderio la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánimo del hombre tiene el cuerpo sujeto, y segun su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imagen verdadera de aqueste mundo, á Dios sujeto. Porque, como son estos elementos, de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el cerebro, y de allí á los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de fuera; por donde es manifestado ser el hombre cosa universal, que de todas participa. Tiene ánimo á Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perficion de todas las cosas, como Dios en sí tiene perficion universal; por donde otra vez somos tornados á mostrar cómo es su verdadera imagen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpírse, hacen que se busque alguna piedra excelente, ó se purifique el oro, para hacer la figura segun su dignidad, creible cosa es que cuando Dios quiso hacer la imagen de su representacion, que tomara algun excelente metal, pues en su mano tenia hacerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis agora. Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, despues de hecho el edificio, mandaban poner su imagen esculpida en medio de la ciudad, para que por ella se conociese el fundador; así Dios, despues de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio dél, porque en tal imagen se pudiese conocer quién lo habia fabricado. Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino, desterrado de su tierra, y como dice san Pablo: «Caminando para Dios, nuestra tierra es en el cielo; mas púsonos Dios acá en el profundo, para que se vea primero si somos merecedores de ella.» Porque, como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere. Es como planta ó piedra, puesto en ocio, y si se da al deleite corpo-

ral, es animal bruto; y si quisiere, es ángel, hecho para contemplar la cara del Padre; y en su mano tiene hacerse tan excelente, que sea contado entre aquellos á quien dijo Dios: «Dioses sois vosotros»; de manera que puso Dios al hombre acá en la tierra para que primero muestre lo que quiere ser; y si le placen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado; mas si la razon lo ensalza á las cosas divinas, ó el deseo de ellas y cuidado de gozarlas, para él están guardados aquellos lugares del cielo que á tí, Aurelio, te parecen tan ilustres, y Dios no nos los defiende; mas ántes, viendo él que los tuvimos perdidos, envió á su unigénito Hijo á juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo, cerradas primero á nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir á ellas. Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando de ellos fué ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre; y al hombre quiso tanto que habiéndose perdido con soberbio deseo de sabiduría, vino á él como á hijo más querido, y no solamente le perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguera, y mostró cuán excelente sér y cuán bastante le habia dado, pues él no se desdenaba de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal habia hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenia, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecucion, y á la fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la cruz, y vertió la sangre de su corazón, con que nos tornó á heredar de su santo reino, de do por nuestros pecados nos habia desheredado. Agora, pues, ¿quién será osado de aborrecer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo, y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará decir mal de la hermosura humana, de quien anda Dios tan enamorado, que por ningunos desvíos ni desdenes ha dejado de seguirla? Guardáos los que esto decís, de ofender más á Dios en culparle la obra que él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento. Que las cosas por do vuestra culpa os engaña á menospreciar el hombre, agora veréis que son con más amor hechas que agradecimiento. El cuerpo humano, que te parecia, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo computó. La cara es igual á la palma de la mano, la palma es la novena parte de toda la estatura, el pié es la sexta, y el codo la cuarta, y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los piés, estando el hombre tendido, abiertas piernas y brazos. Así que, tal compostura y proporcion, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razon más alta, el cual puso Dios enhiesto sobre piés y piernas, de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo, para donde fué criado. A los otros animales puso bajos y inclinados á la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen; y aunque á éstos los cubrió todos de pieles y de lanas, al hombre no cubrió sino sola la cabeza,

mostrando que sola la razon, que en ella mora, hubo menester amparo, y ella proveida, daría á las otras partes bastante provision. Agora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, do el ánimo representa sus mudanzas y aficiones, ¡cuán hermosa, cuán patente! Debajo de ella están puestos los ojos como ventanas muy altas del alcázar de nuestra alma, por do ella mira las cosas de fuera; no llanos ni hundidos, mas redondos y levantados, porque estuviesen tornados á diversas partes, y pudiesen juntamente de todas ellas recibir las imágenes que vienen. Los oídos están en ambos lados de la cabeza, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta, y por ella recibimos el olor, y ella es la que templó el órgano de la voz; debajo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados, cuales pertenecen á mucha hermosura, y ella es la puerta, por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos sustentamos, y la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca, como en casa bien proveida de lo que ha menester. Allí tiene por donde la voz le venga del pecho; y despues de recibida, tiene dientes, tiene labios, y los otros instrumentos con que la pueda formar. ¿Quién podría agora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua hace en nuestra boca? Unas veces rigiendo la voz por números de música con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los licitos humanos; otras veces mostrando las razones de las cosas con tanta fuerza, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las iras, concierta los enemigos, y da paz á las cosas conmovidas en furor. Grandes son los milagros de la lengua, la cual sola es bien bastante para honrar todo el cuerpo. Mas hablemos agora de las otras partes, porque á todas demos la dignidad que les pertenece. La barba y las mejillas son, no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino tambien para singular hermosura, que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello ya lo vemos cómo es flexible para traer en torno la cabeza á considerar todas las partes que cerca de sí tiene. El pecho está debajo, más tendido que en los otros animales, como capaz de mayores cosas, en el cual, no solamente obró Dios proveyendo á la necesidad natural, sino tambien á la hermosura, pues puso en el varon de ambas partes pequeñas tetas, no para más de adornar el pecho. De sus lados más altos salen los brazos, en cuyos extremos están las manos, las cuales solas son miembros de mayor valor que cuantos dió naturaleza á los otros animales. Son éstas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razon, que hacen cualquiera obra que el entendimiento les muestra en imagen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro, y hacen dél mejores armas para defenderse, que uñas ni cuernos; hacen dél instrumentos para compe-  
ler la tierra á que nos dé bastante mantenimiento, y otros para abrir las cosas duras y hacerlas todas á nues-